

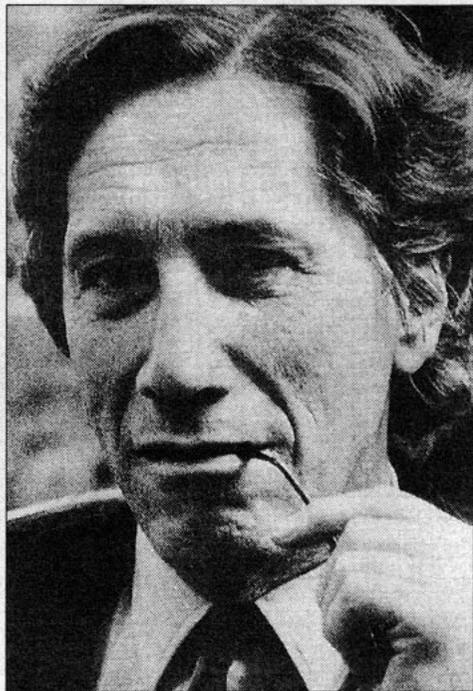
# El Tiempo Recobrado

POR ANTONIO AVARIA

UN libro de iniciación a la vida, de los primeros veinte años de aprendizaje, es esta bella novela de Mauricio Wacquez (1939). Por género literario, entonces, se define claramente como la que los alemanes llaman *Bildungsroman*, o novela de formación. Obra para leer sin precipitarse, con fruición, degustando su lenguaje envolvente, seductor, que cautiva sin empalagar por la cruda exactitud de las descripciones, o su multiplicidad sensorial y sinestésica.

Un niño en el pueblo sureño de Ñilhue. Y sus sortilegios: la alegre promiscuidad en los juegos entre primos y con amigos de los fundos vecinos, los paseos a caballo, los ritos de la pesca en los ríos, sintiendo la humedad, el sudor, secreciones, olores de la tierra, de animales y hombres. Los potreros y su cultivo diferenciado, la actividad de "las misiones", la esplendidez de las vacaciones, los años 40 y 50 en el campo chileno. En Ñilhue, pueblo imaginario y real maravilloso, el mundo es apacible, pero allí mismo ocurre un crimen horrendo y enigmático.

El adolescente, además del escenario rural, frecuenta ciertos lugares entonces típicos de la ciudad de Santiago, como el bar El Capulín de Providencia, el Pedagógico de Macul, el barrio Bellavista, el Forestal, el Bierhall, el Da Carla, Il Bosco. Fascinado por el personaje Lafourcade, lee **Pena de muerte** y lo espía en conferencias y cafés. Apoda "cincuenteros" a los escritores del 50 (con algo de sorna, pero con un tanto de admiración), incursiona en la bohemia



y en el tío Diógenes traza un excelente retrato de Luis Oyarzún.

Las prácticas amorosas, evocadas con clínica precisión, surcan el libro de punta a punta, pero el lenguaje jamás pierde elegancia. Wacquez evita cuidadosamente el lugar común grosero, el giro adocenado, las fórmulas hechas de la procaicidad o el sensacionalismo truculento. Para la

descripción de un cuerpo salvajamente asesinado, el autor recurre al reportaje policial de la revista «Vea». En cuanto a la presencia constante del sexo en los adolescentes de esta novela, **Epifanía de una sombra**, por su atrevimienito, es un rotundo mentís a la supuesta castidad y falta de erotismo de la prosa chilena. En los paraísos de su primera juventud, el protagonista hace la confesión inconfesable de tener, según él, "el privilegio de haber nacido en un país donde el tabú era el uso vaginal del amor, y cuyo aprendizaje hacia de las más hermosas náyades, unas diosas de la sodomía".

En raras pinceladas que se esfuman, se asoma el narrador de sesenta años que revive, sin orden cronológico, ciertamente, pero no por ello confuso ni caótico, peripecias y ansiedades de niñez y adolescencia. Parecida técnica de la memoria emplea Raúl Ruiz en la versión filmica de **El tiempo recobrado**. No menos que en Proust, el lenguaje recreado y elaborado por Wacquez indica maestría del pormenor, del detalle sensual, del estilo macerado. Su mundo novelesco es delimitado, y muy corta la galería de personajes, tal como sucedía, y en mayor grado, en sus narraciones anteriores.

Otro curioso espacio de la novela es el aéreo, pues Santiago, el protagonista, es un entusiasta y al parecer eximio piloto, que disfruta recorriendo desde la altura las cuencas de los ríos y sus ramificaciones, los valles, los bosques, las aldeas, en un brioso avioncito de único asiento doble que permite el éxtasis y hasta la cópula amorosa.

Tras el relato de experiencias y sucesos de

infancia y adolescencia, tras el crecimiento de un hombre como es la urdimbre de las clásicas novelas de carácter autobiográfico, va insinuándose aquí un terrible drama que constituye el clímax argumental de la novela. Anunciada en sordina, una trama brutal, que tiene como nudo un crimen atroz, inexplicable en Ñilhue, un pueblo tan perdido y aparentemente edénico como aquel junto al "río de mi vida" de García Márquez. Por la incógnita sobre el culpable, la situación se asemeja vagamente a **La ciudad y los perros**, pero qué diferencia de escritura entre un realista mágico, o un realista clásico, y un escritor de vocación y estilo irrealistas, aunque entre sus escenas esté, con destreza de veterinario, la fertilización de una yegua por un semental.

Abundan las rápidas alusiones a lecturas filológicas y literarias, a personajes criollos de las letras y las artes, a flores, plantas, árboles, sabores, a niños que sufren de amor y celos. Nuestra literatura gana espesor y jerarquía, trepa escalones con **Epifanía de una sombra**.

## EPIFANIA DE UNA SOMBRA

Mauricio Wacquez.  
Editorial Sudamericana,  
Santiago, 2000,  
408 páginas.

